

# El librópata

Thierry Debroux

traducción Nadxeli Yrizar Carrillo y Humberto Pérez Mortera

Publicado originalmente en Lansman Éditeur

## **Personajes**

Teo, un viejo

Ava, una joven

Víctor, un hombre de mediana edad

## **Escenografía**

Una parte de una inmensa biblioteca

La obra

*El librópata*

de Thierry Debroux fue estrenada el 30 de abril de 2003 en el Rideau de Bruselas y dirigida por Frédéric Dussenne.

Con Pierre Laroche (Teo), Benoît Van Dorslaer (Víctor) y Anouchka Vingtier (Ava).

Escenografía: Vincent Lemaire.

Vestuario: Lionel Lesire, asistido por Lola.

Música original: Pascal Charpentier.

Iluminación: Guy Simard.

Asistente de dirección: Muriel Lejuste.

Director técnico: Raymond Delepierre.

*A mi padre, obrero entre semana  
y coleccionista en los días de descanso.*

¿Quién no ha olfateado un libro?

El origen del  
*Librópata*

proviene de ahí, de una sensación olfativa ligada a un recuerdo infantil.

Mi padre, obrero entre semana y coleccionista en los días de descanso, me llevaba a visitar a los librerías de la capital. Pasaba horas entre los olores de esos libros usados y me encantaba.

¿Hay una relación íntima entre el contenido de un libro y el aroma que de él se desprende?

¡No! responderán aquellos que temen a los espacios difusos donde reina la imaginación.

¡Claro que sí! exclamarán los demás y yo soy uno de ellos.

*El  
librópata*

pertenece al género fantástico, literatura que le gustaba particularmente a mi padre.

Otra vez la figura del “padre”, presente en cada página. El “padre” tan torpe en sus intentos de ternura pero al que podía acercarme y comprender a través de los olores de los libros.

Teníamos un punto en común. Yo coleccionaba libros de aventuras de Bob Morane y él todo lo que tuviera que ver, de manera cercana o lejana, con las estrellas, la vida en el universo, los grandes enigmas...

Una adivina había predicho que se volvería marinero y moriría en el mar. Pero se volvió pintor de casas y murió de un paro cardíaco a unos cuantos metros de la estación de trenes pintada por Paul Delvaux que fue nuestro vecino durante años.

Yo tenía veintidós años.

Muchas veces platicamos sobre la muerte. Mi padre decía riéndose que, el día en que ella viniera, intentaría hacerme una señal antes de unirse con las “estrellas”. “Vendré a jalarte los pies”, decía.

Al día siguiente del momento fatídico de su muerte tomé una gran hoja blanca y la corté en cientos de pequeños papelitos. En cada papelito, escribí “no” excepto en un pedacito donde escribí “sí”. Arrugué todos los pedazos de papel y los puse frente a mí.

Muy solemnemente y, al mismo tiempo, frágil como se puede estar durante el duelo, me sorprendí diciendo: “Papá, si quieres hacerme una señal, éste es el momento; hazme elegir

el sí". Para hacer la cosa más en serio, puse mi frente sobre el montón de papeles. Me concentré por algunos instantes y después levanté la cabeza. En ese momento, me di cuenta de que uno de esos papeles quedó pegado a mi frente. El pedazo calló bruscamente frente a mí. Lo desdoblé nerviosamente y leí la palabra que tanto esperaba: "¡SÍ!"

Nunca tomé ese hecho como prueba de nada, sino como un guiño entre dos aficionados a la literatura fantástica.

*El*

*librópata*

es una prolongación de ese guiño.

T. D.

**TEO:**

Espero que usted no sea alérgica.

**AVA:**

¿Alérgica?

**TEO:**

Si es así, prefiero que no se haga ilusiones. No va a durar mucho tiempo. Los libros son muy caprichosos y el polvo que reina en este lugar no tolera la más mínima debilidad. Las que estuvieron antes que usted no duraron ni tres días. ¿Se da cuenta? Tres días.

**AVA:**

¿Las otras? ¿No soy la primera?

**TEO:**

¿Se está burlando de mí? Hace mucho que puse ese anuncio. Nadie ha cumplido con las expectativas. Es mucho trabajo, no lo niego, pero la paga que ofrezco no es cualquier cosa, como se podrá dar cuenta. Querida señorita, tiene ante usted la colección de libros más formidable que haya existido. Ninguna biblioteca en el mundo podría presumir de tener el número de libros que usted encontrará aquí. Y este salón es el más pequeño. Ahorita va a conocer los otros. Es un laberinto impresionante donde las obras maestras conviven con las novelas románticas de bolsillo. ¿Huele el olor de las páginas amarillentas? ¡Ah! Si usted me hubiera conocido antes de que padeciera este estúpido catarro crónico que me adormece los sentidos. Y me hubiera presentado cualquier libro, yo con los ojos cerrados, sólo por el olor, le habría podido decir el título, el autor, el año de edición y *tutti quanti*. ¿No me cree?

**AVA:**

Sí, sí.

**TEO:**

No, no, no me engaña. Usted no me cree. Tome un libro. Cualquiera. Al azar. Huélalo. Vamos, huélalo. ¿A qué huele?

**AVA:**

Sepa Dios... a casi nada.

**TEO:**

Concentración, concentración. Los libros son como los vinos. Una aspiración profunda suele bastar para que le ofrezcan una parte de sus secretos. Vamos ¡aspire nuevamente!

**AVA:**

Yo...

**TEO:**

Sí...

**AVA:**

Qué pena, pero sólo huelo el enmohecimiento.

**TEO:**

¡Herejía! ¡Herejía pura! Sepa usted, señorita, que aquello que usted llama vulgarmente “enmohecimiento” con esa mueca de desagrado en los labios no es otra cosa que parte del secreto que guarda cada libro. ¡Enmohecimiento! ¡Enmohecimiento! ¿Por qué tuve que perder el olfato en lugar del oído? Y tener que escuchar estas sandeces. Y ni siquiera la puedo culpar. La humanidad entera es la que está perdiendo el sentido del olfato. El catarro universal, el enorme letargo de las narices. Incluso yo, el pobre Teo, maestro de los olores librescos, último escudo contra el embrutecimiento general, ¿en qué me he convertido?, en el Beethoven de las bibliotecas. Aunque en lo que a él respecta, su sordera nunca le impidió componer. Escuchaba la música en su interior... maldito. Mientras que yo, privado de mi nariz, ¿cómo esperan que practique mi arte? ¿Y sobre todo cómo esperan que encuentre un libro en este revoltijo? Nunca he ordenado nada. Con lo dotado que era, sólo necesitaba unos segundos. Encontraba el libro que buscaba únicamente por el olor. Pero volvamos al libro que nos ocupa. ¿Sigue sin oler nada?

**AVA:**

N... no.

**TEO:**

Sólo el olor a enmohecimiento, ¿cierto?

**AVA:**

S... sí.

**TEO:**

Enséñemelo. ¿*La divina comedia!*? Tiene frente a su nariz *La divina comedia* y ¿me habla de enmohecimiento? ¡Dante, Dante, tu infierno no es nada al lado de lo que tengo que soportar! Nunca, me escucha, jovencita, nunca confiaría mis libros a una nariz como la suya. ¡Dante, enmohecido! ¿Y Cervantes? ¿Acaso huele a encerrado? No la retengo más. (*Ella se dirige a la salida*) No, espere. Me dejé llevar. Discúlpeme. No volverá a suceder. Estará a prueba una semana. Si todavía le interesa, por supuesto. Empezará con este salón. Haga el inventario de mi desorden. Sea rigurosa, geométrica. Utilice el alfabeto como un músico las notas. Clasifique los libros como artesana, amorosamente, no como funcionaria. Me tomaré una o dos horas al día para enseñarle a oler los libros. Ya lo verá, es fascinante. No hay dos obras en el mundo que huelan igual. Tan extraño como le pueda parecer hay una relación íntima entre el contenido de un libro y el aroma que desprende. Le debo parecer un viejo loco, un desquiciado. Pero ya verá como dentro de dos o tres días, cuando su nariz se haya acostumbrado al polvo, usted dejará de tener esa expresión de incredulidad en su cara. Empezaremos con Shakespeare. Es el más sencillo. Es el que huele más fuerte. Un olor a sangre seca mezclada con el sudor del poder. La transpiración de los asesinos. Ricardo, proveedor de cadáveres, exhudando sobre el cuerpo de Lady Ana, la viuda devastada, apagando con su simiente las velas dispuestas alrededor del cadáver. Ya lo verá. Ni el cemento en su nariz impediría que este olor la invadiera. Todos

los personajes de Shakespeare huelen mal. Todos. Sin excepción. Incluso Hamlet, con su manía de no mancharse las manos. Hamlet apesta. Menos que Otelo, se lo concedo, pero aún así apesta. Y todo el siglo XVI con él... Ahora la dejo. El sueño sólo me favorece a estas horas del día. La noche me pone de malas. Nos vemos a la hora de la cena. ¡Ah sí! Se me olvidaba. Ese libro de ahí, en la vitrina, no lo vaya a tocar por ningún motivo. Es frágil como el cabello de un ángel, no resistiría ninguna manipulación. ¿Puede usted por un segundo imaginar, señorita, que este montón de papeles encuadernados torpemente, insignificante por así decirlo, causó la muerte de un hombre? Un ejemplar único. Es lo que queda del pensamiento de un condenado a muerte por la Inquisición y arrojado al fuego junto con su autor. Lo que contiene este libro, verá usted, ni siquiera los hombres de hoy en día podrían entenderlo. Se dice que el diablo en persona escribió algunas páginas de este libro con su propia sangre. Le deseo una excelente tarde. *(Él sale. Una silueta aparece detrás de una pila de libros)*

**VÍCTOR:**

Disculpeme. No quería asustarla. No es muy simpático el viejo, ¿verdad?

**AVA:**

¿Quién es usted?

**VÍCTOR:**

Me llamo Víctor. ¿Y usted, cómo se llama?

**AVA:**

Ava.

**VÍCTOR:**

Encantado, querida Ava. Bienvenida al manicomio.

**AVA:**

¿Al manicomio?

**VÍCTOR:**

No le falta un tornillo al viejo Teo, sino toda la maquinaria. No se vaya a confiar, ¿eh?, es un tipo raro. Un tipo que desprecia la luz del día a cambio de papel amarillento, seguramente es alguien completamente imprevisible.

**AVA:**

¿Pero qué hace usted aquí exactamente?

**VÍCTOR:**

Shhh. ¿Escuchó? Venía de por allá. Cuánto polvo. En serio, nunca he entendido a los coleccionistas de libros. ¿Lo notó? Tiene aliento a papel viejo. No tengo nada en contra de la literatura pero a este grado es una verdadera obsesión. Y además nunca saca la nariz. Un repartidor le trae la comida y las medicinas. ¡Nada más! Los vecinos nunca han visto ni la punta de su nariz. Bueno, no hay tantos vecinos. Vienen durante el verano. Y eso que hay que reconocer que la playa en ese periodo del año... Sobre todo aquí. Aparte de los nostálgicos por el Diluvio, a quién se le ocurriría venir a arrastrar sus pantuflas en estas

orillas. Es cierto que hay un guardia que vigila las casas... bueno... que supuestamente debería vigilar las casas, pero... es del tipo bebedor, muy bebedor. Nunca he visto a un hombre parecerse tanto a una esponja. Emborracharía a todo un compartimento de viajeros con sólo toser. Nunca ha podido decir una frase completa. Sólo gruñidos primitivos. Unas cuantas palabras vagamente humanas. Por lo demás... Bueno, me tengo que ir... ¡Ah, se me olvidaba! ¿Le habló del libro?

**AVA:**

¿El libro?

**VÍCTOR:**

Ese que está ahí en la vitrina.

**AVA:**

S... sí, un poco.

**VÍCTOR:**

No se le ocurra abrirlo. Yo lo intenté hace mucho y casi me vuelvo loco. Si fuera usted no enmohecería aquí. No es un lugar para usted. Suceden cosas extrañas, ¿sabe? Bueno, eso es lo que pienso... Nos vemos.

Versión 5 de enero de 2023



